

V. Problemas sociais

diferenciación espacial de la violencia en América latina

Luisa Iñiguez Rojas
Simone M. Santos
Christovam Barcellos

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

MINAYO, MCS., and COIMBRA JR, CEA., orgs. *Críticas e atuantes: ciências sociais e humanas em saúde na América Latina* [online]. Rio de Janeiro: Editora FIOCRUZ, 2005. 708 p. ISBN 85-7541-061-X. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

37. DIFERENCIACIÓN ESPACIAL DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

*Luisa Iñiguez Rojas
Simone M. Santos
Christovam Barcellos*

La distribución espacial de problemas de salud es un tema de renovado interés. La aproximación a la espacialidad de la violencia, como un complejo grupo de problemas de salud pública, enfrenta numerosas dificultades. El presente trabajo explora el conocimiento de la desigual distribución de la violencia en América Latina e individualiza limitaciones y oportunidades para avanzar en la identificación de sus contextos espaciales. Analiza de forma particular las limitaciones de la diferenciación territorial de la mortalidad por causas externas, y expone hallazgos contradictorios en diferentes investigaciones que procuran asociaciones entre violencia y variables e indicadores económicos y sociales, en diferentes territorios. Se destacan algunas restricciones en la determinación de contextos espaciales de la violencia, y se sugieren procedimientos que recuperen el substrato estructural de otros tipos de violencias para que avancen en la identificación de patrones espaciales de su distribución, como el tránsito de niveles de análisis espacial.

La violencia, como cualquiera de los procesos y fenómenos humanos, se produce y se concreta en determinados espacios con mayor intensidad que en otros, como expresión de la complejidad y heterogeneidad que la fundamenta. América Latina se ha reconocido entre las regiones más desiguales y violentas del mundo.

La fragmentación del territorio latinoamericano en países se ha desarrollado por sobre las huellas de una compleja historia de ocupación humana sobre un substrato de elevada diversidad ambiental biofísico-química y sociocultural. Durante el último siglo, fueron superpuestos nuevos procesos político-económicos que complicaron la diferenciación intra e interpaíses, en una doble expresión de homogeneización y heterogeneización de la vida. Pero, sobre todo, posibilitaron el encuentro permanente de diversos grupos poblacionales con medios científico-técnico-informacionales, que favorecieron la ampliación de las desigualdades y las inequidades sociales.

La distribución espacial de la violencia, como cualquiera de los problemas de salud, no es aleatoria. Los patrones espaciales que diseñan estas distribuciones al interior de los territorios

son un marco para la interpretación de los procesos que la sustentan, y en especial para las estrategias de su reducción.

El presente trabajo aborda el tema de la diferenciación espacial de la violencia en América Latina, con el objetivo de caracterizar dificultades y oportunidades para profundizar en el conocimiento sobre la asociación entre organización, dinámica espacial y producción social de violencia en la región.

LA GEOGRAFÍA DE LA VIOLENCIA. AGREGADOS DE CAUSAS EXTERNAS Y DE TERRITORIOS

Estadísticas disponibles en la OPS (1997, 1998) permiten constatar la diferenciación de la violencia interpaíses y agregados en 'subregiones'. Así, en 1986 la mortalidad por causas externas fue de 125,7 por cada 100.000 hab., en El Salvador y 19,3 por cada 100.000 hab., en la isla de Jamaica. Con más de 100 muertes por cada 100.000 hab., aparece además Colombia. En comparación con el año 1980 se observa una disminución de las tasas –a excepción de Brasil y Cuba–, una tendencia a la reducción de los accidentes, un discreto aumento de los suicidios y una extrema variabilidad de los homicidios entre países (OPS, 1994; Yunes, 1993).

Las tasas de mortalidad por causas externas entre 1990 y 1995 (OPS, 1998), presentaron similares amplitudes de variación. Fueron más bajas en Barbados con 40,5 por cada 100.000 hab. y Costa Rica con 41,9 por cada 100.000 hab., alcanzando valores superiores a 100 nuevamente en El Salvador y Colombia (120,1 y 148,9 por cada 100.000 hab. respectivamente).

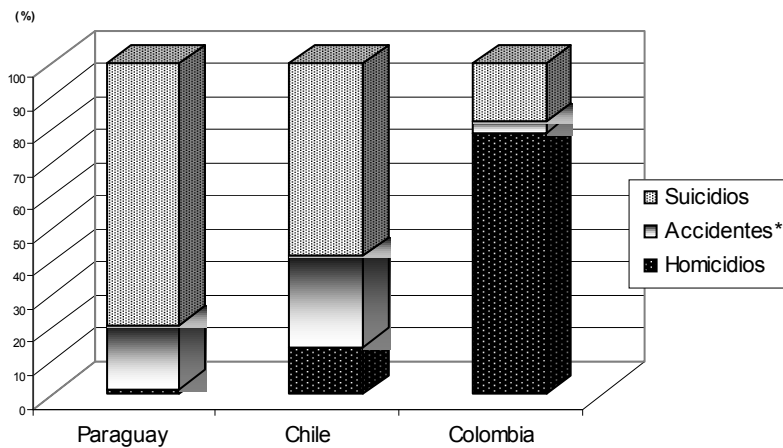
Como regularidad de la diferenciación territorial se aprecian las tasas más bajas en los países del Cono Sur, y en dos países del istmo centroamericano (Panamá y Costa Rica), subregión con tasas de las más altas de la región.

En la información estadística común, la mortalidad por causas externas tiene limitadas potencialidades para el análisis de la diferenciación territorial de la ocurrencia de cada una de las causas agregadas. Ello resulta evidente para las tasas de homicidios y accidentes, tanto a nivel de subregión como por estados o países, y principalmente en ciudades.

Las tasas de mortalidad por accidentes de tránsito de vehículos de motor y la de homicidios fueron exactamente iguales para América Latina y el Caribe en 1994 (18,4 por cada 100.000 habitantes); no obstante, la tasa de homicidios duplicó la de accidentes en el área andina, y en el Cono Sur sucedió exactamente lo contrario (Iñiguez, 2000).

Las amplias variaciones en la distribución proporcional de la desagregación de estas causas en países seleccionados pueden apreciarse en el Gráfico 1.

Gráfico 1 - Distribución porcentual de causas externas 1990-1994



* de vehículos de tránsito.

Fuente: OPS, 1997.

En un estudio sobre la tendencia de la mortalidad por homicidios, suicidios, accidentes de tráfico y otras causas externas en la población total –adolescente y joven de 16 países de la región– con información comprendida entre los años 80 y el último año disponible de la década del 90, se evidencia que los accidentes de tránsito, determinante principal de la mortalidad por causas externas, presentan una tendencia decreciente, a excepción de Colombia y Brasil, con una tendencia ascendente. Por el contrario, en 10 de los países estudiados se observa un ascenso progresivo de los homicidios en todos los grupos analizados (Yunes, 1999).

En Venezuela, la mortalidad por causas externas en 1996 era de más de 100 por cada 100.000 hab. en el Distrito Federal, y de menos de 20 por cada 100.000 hab. en el estado de Anzoátegui. En varios estados, la tasa de mortalidad por homicidios era mayor a 20 por cada 100.000 hab. y en otros, menor de 5 por cada 100.000 hab. Mientras, la tasa de mortalidad por suicidios y lesiones autoinflingidas en el Distrito Federal era de las más bajas del país, con 1,7 por cada 100.000 hab. (Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, 1999).

En Perú, las tasas de mortalidad en 1995 por causas externas variaron entre 12 por cada 100.000 hab. en Lima –donde se asienta la capital– y 89,8 por cada 100.000 hab. en Moquegua. Llama la atención que, en departamentos donde se registran las tasas más elevadas, los subregistros de mortalidad llegan a superar el 50% –como en el departamento de San Martín– o son relativamente bajos, de aproximadamente el 25%, como en Arequipa. En los departamentos de Lima y el Callao se observan para este año, las tasas más bajas del país y los menores subregistros de mortalidad, con 10% y 0% respectivamente (Oficina de Estadística e Informática, 1998).

La mortalidad por causas externas en 1999 en las regiones de Brasil fue de 87,3 por cada 100.000 hab. en la región sudeste y 51,3 por cada 100.000 hab., mientras se observa una amplia variación entre estados –hasta de una misma región– y entre causas como accidentes y homicidios. Por ejemplo, estados de la región norte como Amazonas (AM) y su vecino Roraima (RR), presentan notables diferencias en la mortalidad por causas externas y en su distribución por causas, mientras estados como Santa Catarina y Río Grande del Sur presentan una tasa total igual (74,6 por cada 100.000 hab.) pero una estructura de causas notablemente diferente (Gráficos 2-3).

Gráfico 2 - Mortalidad por causas externas. Brasil por regiones

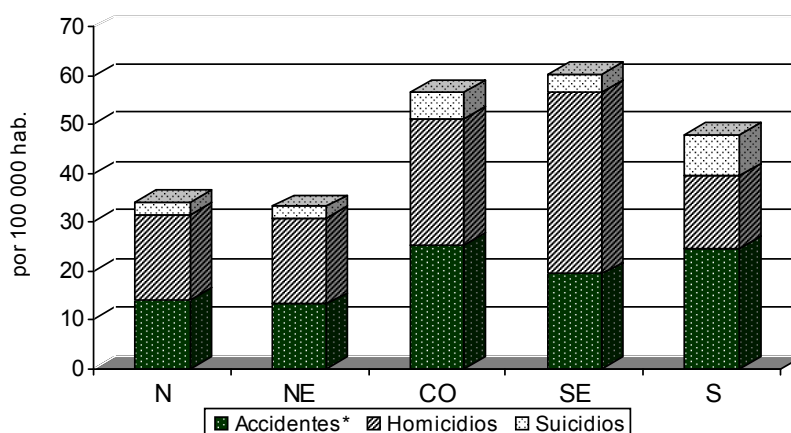
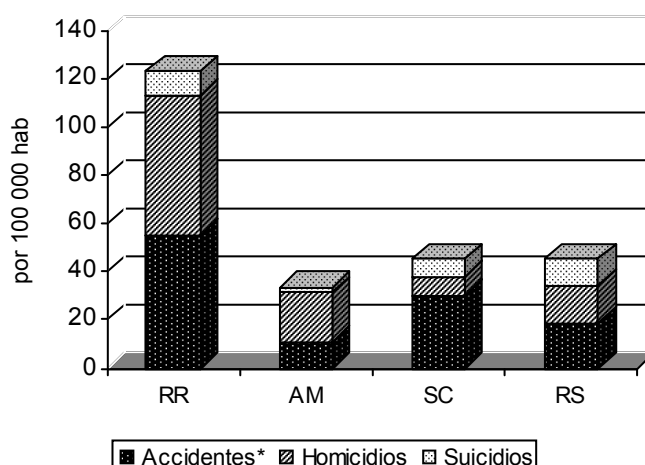


Gráfico 3 - Mortalidad por causas externas. Brasil. Estados seleccionados

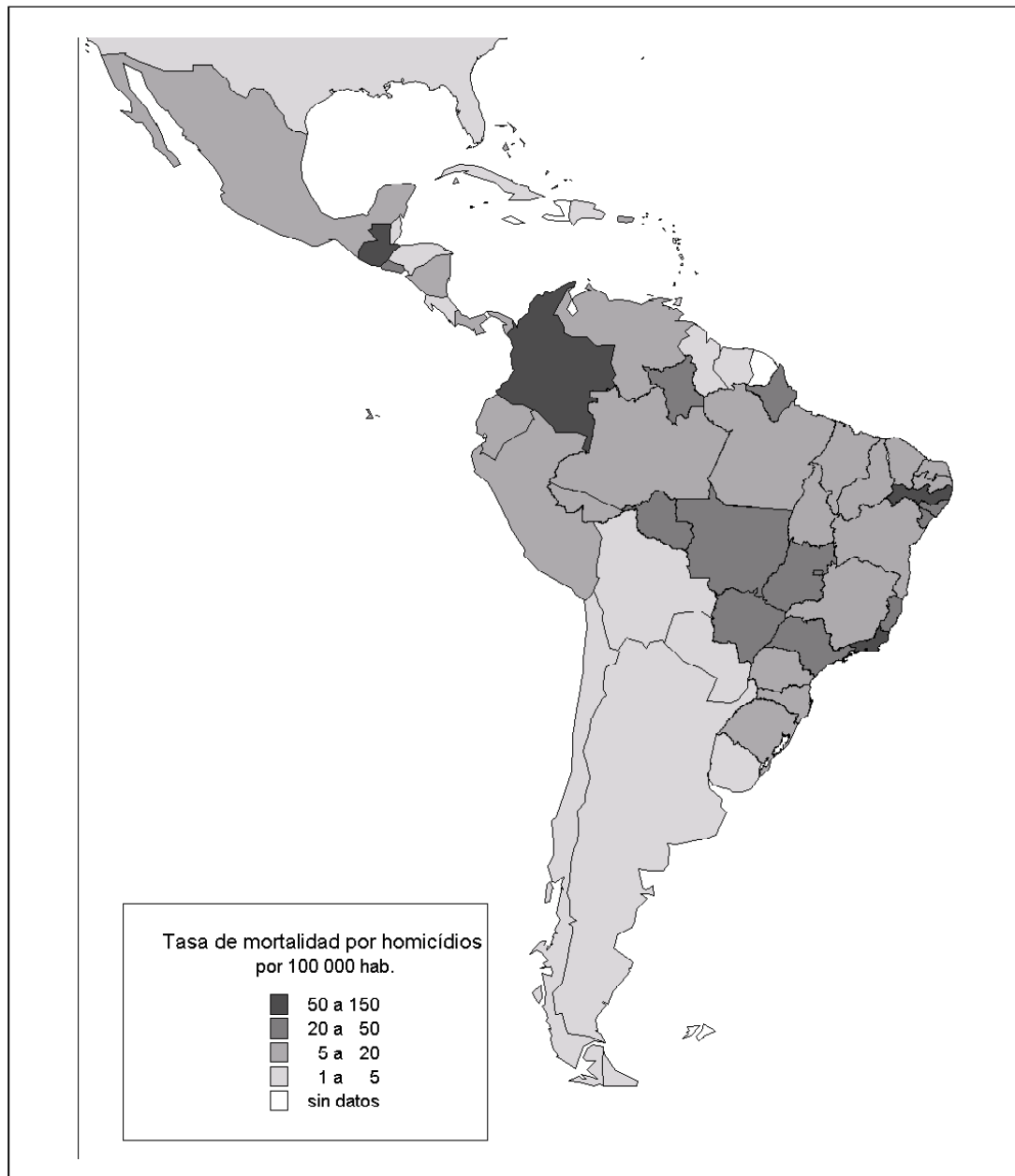


*de transporte

Fuente: Ripsa, 2001.

En 1990, América Latina y el Caribe fue la segunda región con la tasa más alta de homicidios del mundo (OPS, 1997). Tasas superiores a 100 por cada 100.000 hab. se observaban en Guatemala y Colombia, mientras Chile obtenía una tasa de 2 defunciones por cada 100.000 hab.

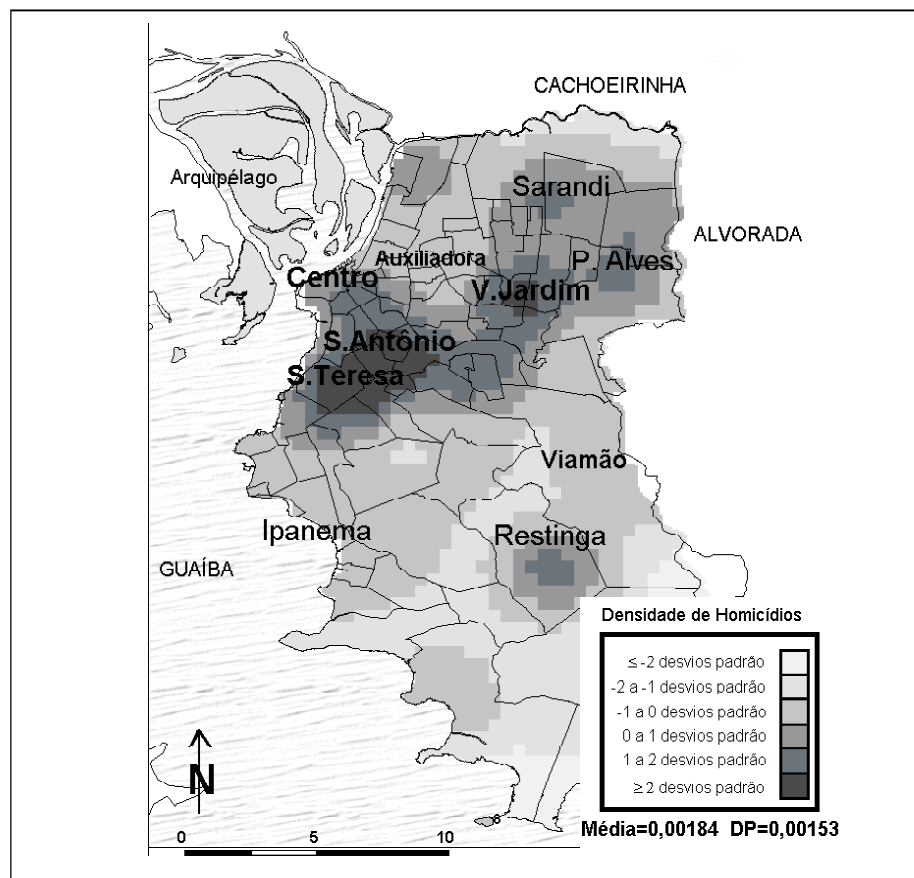
Figura 1 - Tasa de mortalidad por homicidios en los países de América Latina (OPS, 1998) y estados de Brasil (Datusus, 2000)



La distribución espacial de la violencia en la escala continental es dinámica y de ningún modo debe considerarse una evaluación del riesgo de uno u otro país. Las guerras y conflictos locales pueden cambiar rápidamente el cuadro de la violencia en América Latina. Este fue el caso de los conflictos armados en El Salvador y Nicaragua en los 70 y 80. Durante los años 90, estos conflictos fueron aminorados pero se intensificaron las acciones armadas en Colombia. Comparando la mortalidad por homicidios a finales de la década del 70 e inicios de los 80, con la de fines de los 80 e inicios de los 90, en 15 países de la región se evidencia su incremento, a excepción de México y Paraguay (OPS, 1997).

Estas diferencias también han sido apreciadas en el interior de ciudades. En un estudio sobre la distribución espacial de muertes violentas en Porto Alegre, analizando la localización de las residencias de las víctimas y la densidad de población, fueron observados patrones espaciales diferentes para las muertes por homicidios, suicidios y accidentes de tránsito (Santos, 1999). Los homicidios estaban concentrados en la periferia inmediata de la ciudad, donde se ubican los principales núcleos de población pobre ('favelas') (Fig. 2).

Figura 2 - Densidad de homicidios en Porto Alegre (Santos, 1999)



De forma similar, en ciudades de estos países las variaciones llegaban a 248 por cada 100.000 hab., en Medellín, y 2,2 por cada 100.000 hab. en Santiago de Chile (Buvinic, 1999).

En Colombia se ha constatado que las tasas de homicidios no sólo tienen una amplia variación entre departamentos sino que esta variación también se amplía en el tiempo. Así, entre 1973 y 1976 las tasas extremas se localizaron en los departamentos de Guainía -1,9 por cada 100.000 hab.- y Casanare -94,4 por cada 100.000 hab.-. Entre 1991 y 1996, Guainía desciende ligeramente su tasa a 1,2 por cada 100.000 hab., mientras Antioquia alcanza una tasa de 172,9 por cada 100.000 hab.

A pesar de la disminución de las tasas en la primera mitad de la década del 90, descienden sólo en 14 de sus 32 departamentos, mientras Guaviare y Antioquia -de tasas críticas- las mantienen e incluso incrementan. En la última mitad de la década del 90, las tasas se elevan en 28 de los 32 departamentos, y como regularidad se observa que los departamentos de la costa atlántica obtienen las más bajas tasas.

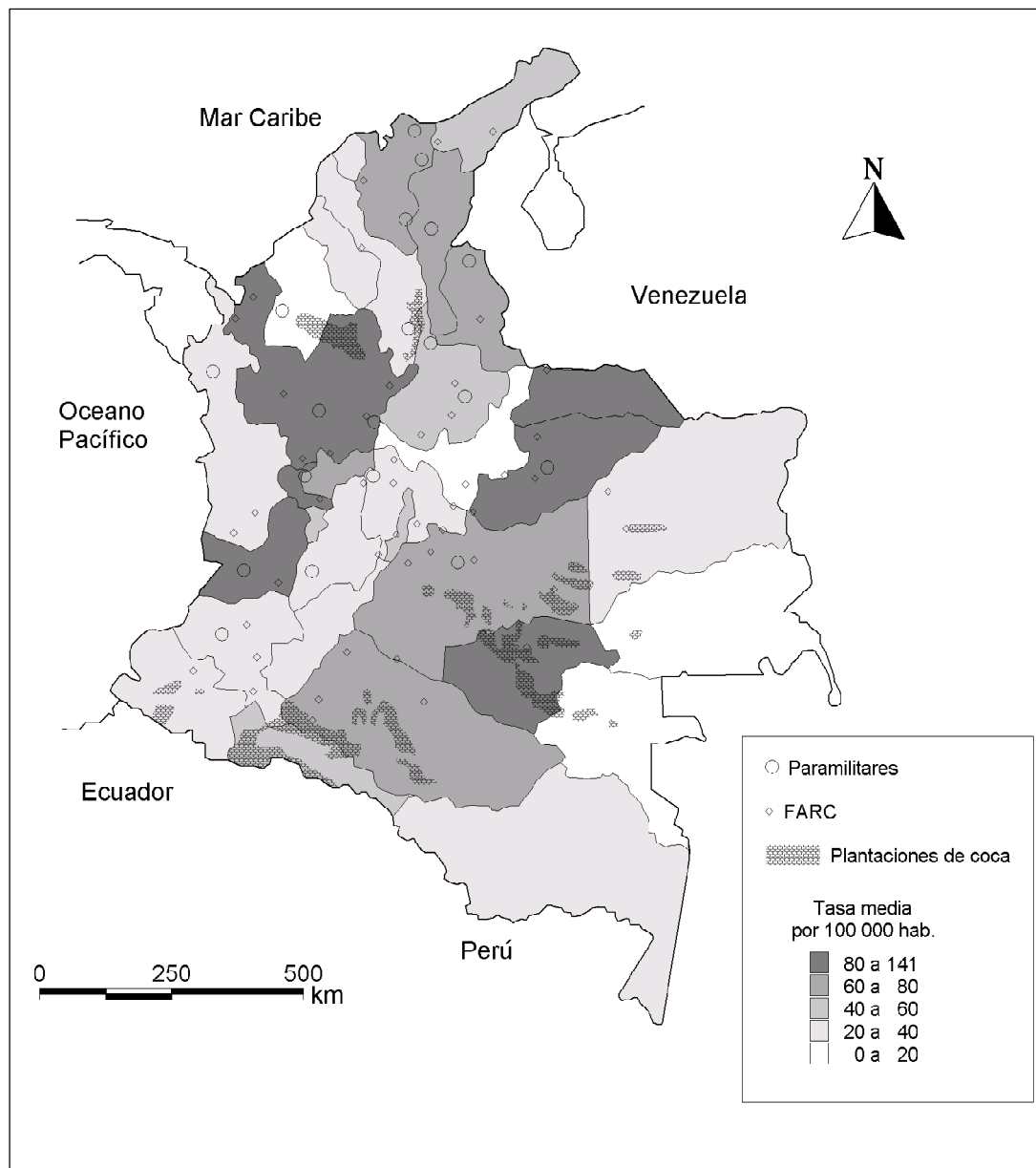
Desde inicios de la década del 90 es posible identificar dos espacios críticos, integrados por departamentos de la parte suroccidental y central, en la zona andina, con las tasas más elevadas -donde se asientan ciudades fuertemente involucradas con el narcotráfico- y en los llanos de la Orinoquia y región Amazónica, donde existen amplias áreas de cultivos de coca. La parte noroccidental y el extremo occidental del país mantienen tasas relativamente bajas (Figura 3).

Se ha planteado que las tasas de homicidios en el 2001 evidencian cambios en el mapa de la violencia en Colombia y en los departamentos que integran el 'espacio crítico' de la zona andina: éstos alcanzan tasas más bajas que el espacio que integran Guaviare y Putumayo, donde ha sido constatado el aumento de las áreas de cultivos de coca, desde finales de la pasada década (Franco, 2003).

En Guatemala, donde las tasas de homicidios parecen evolucionar más lentamente que en países vecinos del istmo centroamericano, también se ha llamado la atención sobre la variabilidad interna de la mortalidad por homicidios. Según cifras de diferentes instituciones, algunos departamentos como Petén, Jutiapa, Escuintla y Santa Rosa -al sur del país- obtienen tasas muy altas, mientras en otros departamentos del norte son bajas, como en Alta Verapaz, Quiché y Huehuetenango. En la tasa medias de homicidios en el período 1986-1998 se destacan variaciones de 4,5 por cada 100.000 hab., en Alta Verapaz y de aproximadamente 60 por cada 100.000 hab. en el vecino departamento del Petén (Cien, 2002).

En varios estudios ha sido distinguido en el interior de los homicidios, los ocurridos con armas de fuego. Entre 1986 y 1998, la proporción de homicidios por armas de fuego, del total de homicidios en Guatemala, pasó de 57,4% a 76,8% (Cien, 2002). En 1990, la proporción de homicidios por armas de fuego en la Ciudad de México fue de 68% para los hombres y 56% para las mujeres (FMS/CES, 1998).

Figura 3 - Tasa media de mortalidad en los años 1992-1996 en los departamentos de Colombia, cultivo de coca y presencia de grupos armados



Elaborado por los autores según Nuñez (2002).

Investigando los homicidios en Brasil en la década de los 80, fue constatado que en capitales de las regiones metropolitanas se produjo un incremento en la proporción de muertes por armas de fuego, cuya contribución en las muertes violentas de 1980 a 1989 pasó de 14,5 a 26%. Se destacan las cifras elevadas de las ciudades de Recife y Río de Janeiro, con 38,2% y 46,8% respectivamente del total de muertes violentas (Souza, 1994).

En una investigación desarrollada en el estado de Río de Janeiro entre 1979 y 1992, se demostró que el incremento de la mortalidad por causas externas se debió a los homicidios, y dentro de ellos a los acontecidos por armas de fuego. Analizando la espacialidad de estas muertes, fue caracterizada la interiorización del proceso que, iniciado en la región metropolitana, se difundió rápidamente en la década del 80, alcanzando la más alta tasa de variación anual en el interior; en comparación con la capital y el cinturón metropolitano, lo que según los autores niega la concentración de la violencia en los bolsones de pobreza de las metrópolis del país (Szwarcwald & Castillo, 1999).

Estas observaciones permiten dos reflexiones: la primera en cuanto a la importancia de la desagregación de las 'causas externas' en el estudio de los espacios de violencia, y en especial en los homicidios, donde se incrementa la participación de redes de tráfico de armas o de drogas. La segunda, la necesidad de ampliar la observación espacial de la violencia más allá de las regiones metropolitanas y grandes ciudades o de su agregación por estados o departamentos, unidades que suelen ser abordadas con mayor frecuencia.

LA MEDICIÓN DE LA VIOLENCIA: INDICADORES Y ASOCIACIONES TERRITORIALES

Tal vez como en ningún otro problema de salud pública, la violencia y sus múltiples expresiones son uno de los más claros ejemplos de desequilibrios socio-psicobiológicos, donde se hacen efectivas las interconexiones entre lo social y lo individual, lo subjetivo y lo objetivo, lo histórico y lo reciente, o coyuntural. Por lo tanto, el tema de la violencia rechaza las dicotomías y prioriza las articulaciones que soportan la reproducción social de grupos.

En general, tanto los trabajos de corte teórico como los de corte empírico sobre la violencia, insisten en la amplitud, complejidad y multicausalidad de su expresión. La violencia ha sido categorizada según diversas variables de partida, en general no excluyentes: las víctimas, los agentes, la naturaleza del acto violento, la intención, el motivo y el lugar –'los espacios de la violencia'–.

La clasificación de las manifestaciones de la violencia social propuesta por (Minayo, 1994a) considera la existencia de la violencia estructural, la cultural, la delincuencia y la violencia de resistencia. La autora resalta la articulación indisoluble entre las tres primeras, colocando la violencia estructural como el substrato de la generalidad y especificidad de la expresión de las demás. En el caso de la violencia de resistencia, se destaca su papel como vía para el establecimiento de la justicia, dejando claro por tanto su asociación con la violencia estructural.

Así, la violencia se nutre de hechos políticos, económicos y culturales que se traducen en las relaciones cotidianas, construidas socialmente y en determinados contextos. Estos pueden ser, por tanto, deconstruidos y superados mediante articulaciones de la sociedad y del Estado (Chesnais, 1999; Minayo, 1999; Souza et al., 2003).

Estas observaciones, además de dejar en claro la posibilidad de prevención y control de la violencia, evidencia la necesidad de un cuidadoso manejo de los procesos en el marco temporal, que exige la articulación de factores históricos y recientes, incluyendo las coyunturas mediadoras. Es por ello que en el marco operacional se requiere de una definición más cuidadosa y fiel a los marcos teóricos que se definen en cada estudio.

Asumiendo el concepto de contexto explicativo como un conjunto específico de condiciones y situaciones culturales, económicas y político-sociales en las cuales se hace racionalmente posible entender la presentación y desarrollo de un fenómeno (Franco, 1999), puede comprenderse el papel de la organización y dinámica espacial en la desigual expresión de la violencia. Todos los espacios son contextos soporte de las vidas humanas; la organización y la estructura social son también espaciales y no existe la sociedad aespacial.

La evidente concentración de la violencia, exige desarrollar acciones para desglosar las informaciones por ubicación geográfica, así como lograr mediciones complementarias a nivel nacional y regional que incluyan formas de violencia en grupos sociales específicos (Buvinic, 1999).

Al respecto, Franco 1997, plantea que un discurso sobre la violencia en Colombia, tiene que dar cuenta de las diferencias regionales y locales. La diversidad cultural, étnica y política en la realidad global del País, y las diferencias marcadas en la estructura y dinámica familiar entre la costa y la región Andina, hacen que la violencia tenga perfiles e intensidades diferentes (Franco, 1997). Esta misma idea es desarrollada en México por Híjar-Medina, López-López y Blanco (1997), considerando que las amplias variaciones de los actos violentos entre los estados del país, ponen de manifiesto la necesidad de entender el problema en el más amplio contexto de la complejidad cultural del país.

Los estudios más frecuentes sobre espacios de violencia destacan las ciudades. No obstante, son frecuentes las 'aparentes contradicciones' en la validez de resultados investigativos.

La tasa de crecimiento de las ciudades es uno de los indicadores utilizados. En la década del 80, tres de las capitales de estados brasileños que menos crecieron tuvieron las más altas tasas de muertes violentas y homicidios, mientras otras capitales con elevado crecimiento de su periferia, muy por encima de la media nacional, tuvieron las tasas más bajas de homicidios y otras violencias (Zaluar, Noronha & Albuquerque, 1994).

La aparente contradicción entre crecimiento y violencia podría disolverse si se ampliara el marco temporal de análisis. Las ciudades que menos crecieron en la década analizada tuvieron un exorbitante crecimiento en la década del 60 y 70. Gran parte de estas poblaciones y sus

descendientes continúan reproduciendo la segregación en el tejido urbano que las acogió entonces. Tal vez un indicador más detallado y en común sea el crecimiento en las últimas tres o cuatro décadas, que sin duda profundizaría los análisis.

Esta misma autora (Zaluar, Noronha & Albuquerque, 1994) señala que los intensos movimientos migratorios del interior del estado de Paraná entre 1980 y 1986 tenían como destinos principales el estado de Rondonia y la ciudad de Curitiba. En el primer caso, asociado a los frentes de colonización agrícola se produjo un acelerado crecimiento de la violencia, en particular de la tasa de homicidios, mientras en la ciudad capital del estado se mantuvieron tasas de las más bajas de la federación. Concluye así que las actividades y los equipamientos institucionales encontrados en el punto final de la migración, son más importantes que el propio movimiento migratorio o la etnia de los migrantes.

En este último caso, más que el marco temporal se profundizaría en el marco espacial, aunque también es posible plantear 'efectos menos inmediatos' de la movilidad poblacional hacia la capital, o una expresión diferencial de los conflictos de estas poblaciones.

El tamaño de las ciudades es otro de los indicadores asociados con la violencia urbana. Al respecto se ha señalado que, aunque raramente cuantificado, este hecho forma parte del inconsciente colectivo y que las ciudades pueden clasificarse en: más de 1.000.000 de hab., las más violentas; entre 100.000 y 1.000.000 de hab., en situación intermedia; y menos de 100.000 hab., las menos violentas (BID, 2000).

Según estudios de Gaviria y Pagés (2000), existe una relación creciente –aunque no lineal– entre el tamaño de la ciudad y la criminalidad en América Latina, que afecta mucho más a las zonas urbanas que a las rurales, y, dentro de las primeras, más a las ciudades grandes que a las pequeñas. El análisis de estos autores, combinando la victimización,¹ según cantidad de población de las ciudades para América Latina y en particular en Colombia, parece ser contundente. No obstante, estos hallazgos no eliminan la posibilidad de que ciudades pequeñas rurales puedan sobrepasar las tasas de victimización de ciudades más grandes. No se descuenta la influencia de la restringida disponibilidad de información en el interior de los países, y aún más en los ámbitos rurales.

Otro de los indicadores más asociados con la violencia es la pobreza. Diferentes indagaciones en la región no han encontrado una asociación clara entre pobreza y violencia, esta última, medida por la tasa de homicidio, donde encuentran mayores índices de violencia en ciudades de mayores ingresos. Al respecto, se ha citado que la validez de estas comparaciones puede ser cuestionable dado los niveles de agregación considerados (Buvinic, 1999).

¹ Proporción de familias en las cuales por lo menos uno de sus miembros fue víctima de algún crimen en los últimos 12 meses en encuestas del Latinobarómetro (Gaviria & Pagés, 2000).

De esta forma, se considera que aunque cualquier asociación es difícil, dado los múltiples factores presentes en los hechos, al menos la violencia intencional urbana o la delincuencia son más frecuentes en los grupos de niveles socioeconómicos más bajos (Guerrero, 2000). Otros resultados demuestran la relación entre pobreza y violencia incluso controlando el efecto de otras variables (Williams, 1998).

En un estudio desarrollado por la Fundación Mexicana de Salud en 1995 sobre los homicidios en los 2429 municipios en que se divide el territorio mexicano, fueron identificados 91 municipios con tasas de más de 100 por cada 100.000 hab., y 790 sin un solo homicidio registrado en ese año. La mayor parte de los municipios con las más altas tasas eran de los más pobres y de elevada marginación del país, concluyéndose sobre la relación directa entre pobreza y riesgo de morir asesinado (FMS/CES, 1998).

En análisis sobre la mortalidad por causas violentas y homicidios para los estados y capitales brasileñas, se concluye –por el contrario– la no asociación entre pobreza y violencia, dado que estados y capitales de las más pobres del país presentan bajas tasas, mientras en estados de fuerte pujanza en la agroindustria y de enriquecimiento por actividades productivas, la tasa de muertes violentas está en torno a los 100 por cada 100.000 hab. No obstante, se señala que las regiones metropolitanas de peor desempeño en las muertes violentas son las de mayores contingentes de pobres, aunque no las de mayores proporciones de pobres, a excepción de Recife en la región nordeste (Zaluar, Noronha & Albuquerque, 1994).

Según estudio de Mello-Jorge sobre la evolución de los coeficientes de mortalidad por causas externas en las capitales brasileras para el período 1977-1994, se expone que, a pesar del crecimiento de las tasas por causas externas y en particular de los homicidios en prácticamente la totalidad de las capitales, las tasas bajas o altas se presentan en capitales de regiones de fuertes contrastes en la dinámica socioeconómica e histórico-cultural. En capitales de estados del nordeste –de los más pobres del país–, las tasas son bajas si comparamos por ejemplo con São Paulo, la más rica (Mello-Jorge et al., 1998). Mientras tanto, en el caso de Colombia se ha planteado que las ciudades de mayores ingresos son las más violentas (Franco, 1999).

Se trata de consideraciones que resaltan los peligros en la selección de indicadores generales que pueden distanciar la medición del referencial teórico, en íntima asociación con su cálculo general para la unidad territorial definida. La ciudad puede ser más rica, lo cual no la invalida de tener el mayor número de pobres, la proporción mayor de pobres entre la población total o las mayores desigualdades de ingresos *per capita* y familiares, siendo de las más ricas o de las más pobres. Tal vez no sea igual ser pobre en su espacio de origen que ser pobre inmigrante en espacios donde hay pérdidas importantes de referencial, incluyendo afectivos, como en las grandes ciudades.

La investigación en unidades espaciales al interior de la ciudad, distritos o barrios, ha demostrado la heterogénea distribución de la violencia como resultado de las especificidades

del proceso de organización y dinámica de la vida. En la Ciudad de México en 1995, fue identificado el más alto riesgo de sufrir homicidios en el área más central antigua de la ciudad, y todavía mayor en el área periférica de más reciente ocupación (FMS/CES, 1998).

En la ciudad de São Paulo, para el período 1988-1994, fue hallado un riesgo 3 veces más alto de morir asesinado en la parte sur de la ciudad –caracterizada por condiciones de vida más desfavorables y menor densidad policial– y riesgos bajos en la parte central de la ciudad (Barata et al., 1998:21).

Por otra parte, la no correspondencia entre condiciones de vida desfavorables y mayores tasas de homicidios, se ha encontrado en estudios que generalmente dividen la ciudad en estratos. (Souza, 1994; Lima, 1998; FMS/CES, 1998). Estos resultados argumentan la necesidad de encontrar indicadores más precisos y agregaciones espaciales internamente más homogéneas, lo cual no significa necesariamente de menor extensión.

En investigación sobre la distribución de homicidios en la ciudad de Recife (Brasil) según condiciones de vida, se obtuvo una relación inversa entre tasas por homicidios y condiciones de vida en los tres primeros estratos, mientras en el cuarto estrato –el más desfavorecido–, la tasa de homicidios descendía. Las autoras sugieren que participan en la justificación de este resultado el hecho de que barrios comprendidos en este último estrato son de menor densidad de población y de poblamiento más antiguo y estable, en comparación con otros barrios pobres de la ciudad, próximos a urbanizaciones de clase alta o a áreas con desarrollo de actividades atractivas como el turismo (Lima, 1998).

Tomando como unidad de análisis las regiones administrativas del municipio de Río de Janeiro, fue demostrada una alta correlación entre las tasas de homicidios y la densidad de población de ‘favelas’ (Szwarcwald et al., 1999). Beato Filho y colaboradores (2001), al estudiar la distribución espacial de homicidios en la ciudad de Belo Horizonte, halló que en el riesgo mayor de homicidios se concentraba en las favelas. En un reciente estudio desarrollado por Melgaço (2003) sobre los territorios de violencia en la ciudad de Campinas, se reitera la concentración de la pobreza y de los homicidios en el sudoeste de la ciudad, y de los secuestros-relámpagos en las áreas centrales y norte, donde los ingresos familiares son más elevados. Se demuestra también la relación entre el incremento de la criminalidad y el crecimiento de las favelas en determinados espacios (Sugimoto, 2003).

Entre los estudios de distribución espacial de la violencia, según perfiles socioeconómicos, se ha destacado la desigualdad como un importante componente explicativo, dado los múltiples condicionantes que en ella se sintetizan. La desigualdad social, más que la pobreza en términos absolutos, está correlacionada con el crecimiento y las altas tasa de violencia (Kawachi et al., 1997).

Trabajando con índices de pobreza en Colombia, no se encuentra correspondencia entre incremento de homicidios y de la población por debajo de la línea de pobreza (LP), mientras se halla con la proporción de población con necesidades básicas insatisfechas (NBI) (Franco, 2003).

Generada en el ámbito del Estado-nación y con una fuerte relación con componentes mundiales o globales, históricos y recientes, la desigualdad expresa las distancias entre las condiciones de reproducción social de grupos en espacios poblacionales, se hace visible en cualquier escala geográfica y está atravesada por múltiples mediadores históricos-culturales. La persistencia de altos niveles de inequidades, precisión que destaca las desigualdades moralmente injustas, se han destacado como una de las condiciones de la violencia estructural (Franco, 2003).

Tanto en la historia de estudios de sociología urbana como en los más recientes de corte ambiental, se han identificado espacios con más elevada segregación, generalmente donde el suelo urbano tiene menos valor, como por ejemplo proximidad a áreas industriales, cementerios, aeropuertos, planicies fluviales inundadas y otros. Investigaciones sobre violencia urbana identifican estos espacios con el mayor riesgo de homicidios (Minayo, 1994b; Barata et al., 1998; Strohnmeier, 1998).

Las investigaciones sobre violencia y desigualdad encuentran generalmente relaciones directas (Fajnzylber, 1997), al contrario de otros indicadores anteriormente comentados. La operacionalización más repetida se da mediante los diferenciales de ingresos. En un estudio desarrollado en áreas metropolitanas de los Estados Unidos de América, se halla que la desigualdad es más importante que la cantidad o proporción de pobres en un territorio (Blau, 1982). Al estudiar la mortalidad en áreas estadísticas metropolitanas de los Estados Unidos de América, Lynch y colaboradores (1998) hallaron que tanto en áreas de bajos como de altos ingresos *per capita*, la mortalidad crece con la inequidad de los ingresos dentro de cada área.

Analizando estudios que asocian la iniquidad con la violencia, Franco (2003) destaca resultados que demuestran la positiva relación entre inequidad de ingresos y altas tasas de homicidios en Colombia, mientras otro de menor rigor concluye que en Colombia las regiones de mayor desigualdad no son las más violentas.

Por otra parte, se ha destacado que el efecto del crecimiento de la distancia (*gap*) entre riqueza y pobreza está mediado por las redes de relaciones sociales expresivas de la cohesión, apoyo y solidaridad, el llamado capital social (Kennedy, 1998; Kawachi, 1999). La evaluación del tejido que conforman los tres tipos de redes fundamentales que se integran en el capital social –de relaciones familiares; entre vecinos y con las organizaciones del barrio o la comunidad– aparece como un marco eficaz para avanzar en el conocimiento de la espacialidad de la violencia, y especialmente en la orientación de las intervenciones para revertir situaciones problemáticas.

No obstante, surgen preocupaciones sobre las formas de colocar en foco el capital social en la explicación de la violencia, que descuidan el marco teórico complejo de su producción y en especial el de las acciones para su reducción. En el análisis sobre la diferenciación departamental de la violencia en Colombia se encuentra que las variables significativamente asociadas a la diferenciación departamental de la violencia son la intensidad del capital social y la velocidad de progreso en la

educación, para proponer como campos prioritarios de acción, controlar el consumo de alcohol, prevenir las conductas agresivas y fomentar la cohesión social (Londoño, 1996 apud Franco, 1997). Es evidente que estas acciones no pueden avanzar sin otras que las soportan y engendran.

Las condiciones socioeconómicas desfavorables de determinado territorios, a cualquier escala geográfica de observación, no determinan comportamientos violentos *per se*. Otros factores no necesariamente asociados a ellas, como la presencia del crimen organizado, la disponibilidad de armas de fuego, la acción represiva del aparato policial, los valores culturales y religiosos o su pérdida, participan en la desigual intensidad de expresión en países, regiones, ciudades o barrios. Pero –y esto debe ser lo más atendido– en cualquier territorio, a cualquier escala geográfica, es decisiva la expresión de los desaciertos de las políticas económicas y sociales, ya sea las presentes o las huellas de otras políticas pasadas.

LOS CONTEXTOS ESPACIALES DE LA VIOLENCIA

Diversos resultados de investigación permiten identificar ciertos espacios de mayor vulnerabilidad a la violencia: los urbanos, de grandes metrópolis, los que han asimilado grandes contingentes de población emigrante; los nodos en las redes de narcotráfico; los de frentes recientes de asimilación agrícola, minera o turísticas; los de límites y fronteras donde se desarrollan conflictos inter o intra nacionales. En este último caso se han citado los efectos residuales de estos conflictos por la disponibilidad de armas de fuego abandonadas en espacios principalmente rurales de Centroamérica.

En todos estos espacios, la violencia se expresa en el fondo de la integración de huellas de procesos históricos, y componentes de procesos recientes y coyunturales.

La concentración de la violencia en las capitales y grandes regiones metropolitanas ha sido demostrada en numerosas investigaciones. No obstante, se han hallado tasas de homicidios más altas en la ciudad de Escuintla en Guatemala, de Río de Janeiro y São Paulo en Brasil, en Cali y Medellín, Colombia (Buvinic, 1999). Aunque dirigiendo la atención hacia la violencia en las grandes aglomeraciones humanas –‘violencia urbana’–, se ha planteado la no extinción de la violencia rural (Minayo, 1994b; Franco, 1997)

Según estudios realizados en Colombia entre 1990 y 1995, el 93% de los municipios con indicadores críticos de homicidios pertenecían a la estructura rural (Rubio, 1999 apud Buvinic & Morrison, 1999). Las altas tasas de homicidios en zonas rurales del país se han asociado a operaciones de grupos armados y a la influencia de amplias extensiones de cultivos de coca en algunos de estos municipios (Cisalva, 1998). Otras investigaciones en el país han corroborado este hecho al indicar que en el departamento de Guaviare, principalmente rural, los homicidios han representado el 61% del total de muertes (Arbeláez & Ruiz, 1994 apud Franco, 1997). No obstante, si desagregamos las defunciones de este municipio se observa que en la ciudad sede (San José de Guaviare), la tasa duplica a la del resto de la población del municipio.

Por su parte, investigaciones recientes sobre violencia en El Salvador han colocado como posibilidad que al interior del país los hechos violentos tengan una intensidad mayor, dado que San Salvador –con el 31% de la población total– concentra el 24% de los homicidios registrados en 1996 (Cruz, 1998). Para Brasil se ha observado que la violencia rural se relaciona con el incremento de los conflictos de tierra, que expresan la articulación de viejas y nuevas contradicciones en el escenario nacional de la tenencia de la tierra, y la mayoría de los homicidios asociados a estos conflictos ocurren en el norte, nordeste y centro oeste del país (Minayo, 1994b). Un cambio en las formas de la violencia se evidencia mediante la progresión del crimen organizado a partir de la década del 60, que se centra en el tráfico de drogas a partir de la década del 80. Los países de América Latina tienen un particular protagonismo en esta red internacional que deja lucros para unos pocos y grandes daños principalmente a los jóvenes y niños de bajos ingresos, fácilmente incorporados por las ventajas inmediatas que ello ofrece (Minayo, 1994b; Souza, 1994; Minayo, 2002). Al analizar los corredores terrestres-fluviales principales utilizados por los circuitos legales de contrabando y de drogas ilícitas en tránsito por el Brasil actual, se ha demostrado su coincidencia con los corredores del pasado colonial, lo cual sugiere que uno de los factores que explican tal coincidencia es la ‘complejidad del territorio’, que influencia e inhibe el comportamiento de los individuos y de las organizaciones (Machado, 2000).

En tal sentido, se plantea que una de las manifestaciones actuales de la simbiosis entre el sistema global y el sistema de Estados nacionales es una zona gris, caracterizada por decisiones conflictivas en los espacios –global y nacionales– donde antes existía una demarcación clara entre lo ‘legal’ (el bien) y lo ‘ilegal’ (el mal). El fortalecimiento de las organizaciones criminales y su ramificación creciente en la economía legal ha sido atribuido en parte a las facilidades creadas por el sistema financiero internacional, con expresión concreta en determinados espacios propicios como las fronteras (Machado, 2000).

En algunos espacios de frontera se dan intercambios sociales intensos que potencian diferentes problemas de salud pública, y se han considerado lugares privilegiados para las interacciones entre desiguales (Foucher, 1991). Las fronteras internacionales tienen un papel notorio en la articulación de redes de interacción social, y es exigua la información sobre la relación entre el tráfico de drogas –incluyendo el consumo– y la ocurrencia de actos violentos. El avance del estudio de las redes del narcotráfico no sólo amplía la comprensión de los procesos, como desvenda la ineficacia de las políticas de los Estados-naciones en estas ‘redes espaciales específicas’ de violencia en la región.

Se ha señalado que diferentes niveles de análisis arrojan distintos resultados en relación con los factores que determinan la salud, y la capacidad de discernir las implicaciones entre varios niveles, más la disponibilidad de instrumentos teórico-metodológicos, permite en la actualidad enfrentar problemas de alta complejidad como el de la violencia –‘concebida como problema de salud pública’– sin vernos obligados a tratarla como enfermedad, ni limitarnos a identificar factores de riesgo individual asociados a ella (Pellegrini, 1999).

En la geografía de los problemas de salud se reconoce que las diferentes escalas y unidades espaciales de estudio revelan o esconden especificidades de los procesos naturales y humanos que los condicionan. Las estadísticas basadas en agregados de información –población y evento observado–, disminuyen su potencial explicativo en contextos territoriales de elevada heterogeneidad interna, usualmente en grandes áreas y poblaciones; mientras otros potentes recursos de investigación cualitativa se articulan inusualmente en las investigaciones.

Otra limitación no menos importante en el estudio de la espacialidad de la violencia resulta de la selección de variables e indicadores. Así, cualquiera de los hallazgos –aun suponiendo similar rigor en los mismos y hasta iguales variables– puede ser contrario a otros según las diferentes definiciones operacionales. De ahí que los resultados de la diferenciación territorial de la violencia encuentren o no asociaciones con la cantidad o crecimiento de la población, con los patrones de concentración urbana o rural, o con la pobreza. Indicadores territoriales, principalmente económicos, directa o indirectamente asociados a la violencia medidos a niveles individuales y promediados para un territorio, o medidos a nivel territorial y llevado a los individuos (*per capita* o por habitantes), oscurecen los verdaderos contextos espaciales de expresión de la violencia.

Aunque las diferentes unidades territoriales de análisis, desde el continente, agregados de países, países, regiones o sus divisiones subnacionales, cumplen un determinado papel en el conocimiento sobre la diferenciación espacial de la violencia, las amplias desigualdades y la complejidad de contextos espaciales de evolución de América Latina exigen el tránsito de niveles de análisis para ganar la debida coherencia con el marco conceptual. Cada una de las representaciones que estos niveles aportan es parcial, cada una tiene la posibilidad de aprehender determinados fenómenos, ocultar o deformar otros. No obstante la articulación entre ellos, la acción es el problema esencial que determina las estrategias y tácticas generales y específicas (Lacoste, 1982)

Existen pruebas de que la diferenciación territorial de las muertes violentas se asocia a la organización espacial de los territorios. No obstante, pocas veces se introducen explícitamente indicadores que avancen en el significado de la estructura del espacio, de su capacidad de atestiguar sobre la memoria de tiempos o de acoger nuevos fijos o flujos.

La localización relativa en relación con la segregación espacial puede evaluarse tanto en la relación América Latina-América del Norte como de un barrio respecto de una ciudad. Los períodos de ocupación, morfología, compactación y dinámica de crecimiento también pueden ser indicadores regionales o locales. Aunque sea común su consideración individual, hay falta de pertenencia también de grupos en espacios, y sólo una o más de 5 generaciones reproduciéndose en un determinado espacio urbano o rural.

La incorporación de estos indicadores, algunos disponibles hasta por información censal, ampliarían la comprensión de los contextos espaciales en los cuales evolucionan los procesos de deterioro social y se concretan en un determinado tiempo, lo que pudiéramos llamar de componentes acumulados o reproducidas.

Como en la producción social de enfermedades transmisibles, las características individuales como sexo, grupo de edades u ocupación-desocupación, informa de manera concreta el perfil de la población involucrada. En el caso de la violencia, otros indicadores ‘individuales’ pueden apartar o sumergir a personas en las redes de violencia y debilitar o reforzar la vulnerabilidad a su ocurrencia. Mientras, difícilmente la población de los espacios críticos de la violencia escape de los efectos negativos del funcionamiento de estas redes. Los niveles de análisis individual y social, tratados tradicionalmente en la salud pública, presentan una particular complejidad en el estudio de la violencia y su espacialidad.

Los espacios del cotidiano siempre contienen una acumulación de tiempos, y los propios individuos que en ellos habitan son portadores de componentes de espacios de vida anteriores. Detrás de la expresión aparentemente súbita de actos violentos se esconde una evolución más o menos prolongada de conflictos de interacciones humanas, sintetizada en los espacios de vida y en las redes que entre ellos se teje.

El substrato estructural de la violencia está atrapado en cualquiera de los niveles geográficos de observación, aunque parezca disolverse en las escalas subnacionales o locales. En los espacios de vida se sintetiza el andamiaje de componentes políticos, económicos, sociales y culturales, que promueven o se oponen a la violencia, y de ello resulta su amplia diferenciación territorial.

Las informaciones sobre formas de violencia contra la mujer, los niños, los ancianos y otros grupos sociales, evolucionan en un mayor silencio informativo y su espacialidad es comúnmente tratada en investigaciones de barrios. Un tipo de espacio de especial criticidad sería aquel donde coincidieran con mayor frecuencia estos hechos, y las muertes por homicidios. Serían espacios prioritarios para el despliegue de diferentes intervenciones

Por último, la violencia revela siempre una red de complicidad tejida entre componentes socioculturales e históricos. La consideración de la violencia como una red (Minayo, 1989), fuerza su incorporación en la identificación de sus contextos espaciales. Es a través de las redes que pueden reconocerse las contradicciones y solidaridades en sus varios niveles de expresión. El mundo como primera totalidad, empirizada por intermedio de las redes; el territorio, un país o un Estado como formación socioespacial; y del lugar como tercera totalidad donde fragmentos de redes ganan una dimensión socialmente concreta (Santos, 1996). Así, cada nivel de estas redes informa sobre otras específicas con formas y contenidos que amparan o rechazan la violencia.

VIDAS Y VIOLENCIA: REFLEXIONES FINALES

El tema de la distribución desigual de la violencia en América Latina ha sido poco abordado. La mayoría de las investigaciones se limita a las regiones metropolitanas, capitales o grandes ciudades, y en general procuran establecer asociaciones entre indicadores sociales e individuales, y tasas de mortalidad por causas violentas o externas, o con la mortalidad por homicidios. Aún parcial e incompleta, la documentación producida por los sistemas de información

en los países, diferentes instituciones y proyectos de investigaciones regionales o nacionales ha permitido aproximaciones a la heterogeneidad espacial de esta particular agregación de problemas de salud pública.

Cualquiera de las unidades territoriales de observación requiere la definición de indicadores compatibles, con la precisión del conocimiento que en ellas puede ser generado, y deben recuperar los niveles territoriales superiores o inferiores que ineludiblemente participan en la conformación de los espacios de violencia.

Al igual que en muchos otros problemas de salud, el lugar de residencia o de ocurrencia, en este caso del hecho violento, –‘el último lugar’– es el disponible, mientras otros lugares –próximos o distantes física y socialmente– pueden ser decisivos en la identificación de los contextos explicativos de su producción social.

La mayoría de los indicadores con los cuales se intenta relacionar la violencia no recuperan la dimensión histórico-dinámica asociada a ella. La necesidad de contar con marcos temporales diferentes para una misma variable en diferentes territorios sugiere un especial esfuerzo de orden metodológico.

La diferenciación espacial de la violencia es un marco para la interpretación de su expresión, y un instrumento para el establecimiento de políticas de vigilancia y control. Se requiere identificar patrones espaciales de distribución, explorar nuevos abordajes metodológicos para la interpretación de los procesos de construcción de espacios críticos² y transitar niveles de análisis como recurso de especial utilidad para la interpretación de los procesos que la originan o mantienen, y en especial para el diseño de estrategias para su reducción.

La violencia gana mayor intensidad en determinados grupos sociales, demográficos, étnicos, lapsos de tiempo y siempre en determinados espacios. Avanzar en la tipificación de los contextos espaciales de la violencia permitirá profundizar en la explicación de cómo y por qué mueren las personas, pero en especial en el tema más urgente, de cómo vivían víctimas y victimarios.

² Aquel con la más favorable articulación de factores potenciadores o mediadores para la producción social del problema de salud dado, y que comúnmente alcanza las más altas tasas o las mayores notificaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARBELÁEZ, M. P & RUIZ, J. C. Vigilancia epidemiológica: indicadores y mapeo de riesgo. MSC/OPS, 1994. Citado en: FRANCO, S. D. Violencia y salud en Colombia. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 2(3):170-180,1997.
- BARATA, R. B. et al. Intra urban differentials in death rates from homicide in the city of São Paulo, Brazil, 1988-1994. *Social Science of Medicine*, 47(1):19-23, 1998.
- BEATO FILHO, C. C. et al. Conglomerados de homicídios e o tráfico de drogas em Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil, de 1995 a 1999. *Cadernos de Saúde Pública*, 17(5):1.163-1.171, 2001.
- BID. *Desarrollo Más Allá de la Economía. IPES 2000: informe del progreso económico y Social en América Latina*. New York: BID, 2000.
- BLAU, J. R. & BLAU, P. M. The cost of inequality: metropolitan structure and violent crime. *American Sociological Review*, 47:114-129, 1982.
- BUVINIC, M. M. *Notas Técnicas: prevención de la violencia*. Washington D.C.: BID, 1999.
- BUVINIC, M; MORRISON, A & SHIFTER, M. *La Violencia en América Latina y el Caribe: un marco de referencia para la acción*. Washington D.C.: BID, 1999.
- CHESNAIS, J. C. *A Violência no Brasil: causas e recomendações políticas para sua prevenção*. *Ciência e Saúde Coletiva*, 4(1):53-70, 1999.
- CIEN, *Magnitud y Costo de la Violencia en Guatemala*. Guatemala: Cien, 2002. (Carta económica, 230)
- CISALVA. *Dimensionamiento de la violencia en Colombia*. Washington, D.C.: BID, 1998. (Oficina del economista principal)
- CRUZ, M. J. & ROMANO, L. E. *La Violencia en El Salvador en los Años Noventa: magnitud, costos y factores posibilitadores*. Washington D.C.: BID, 1998.
- FAJNZYLBER, P. *What Causes Crime and Violence?* Washington, D.C.: The World Bank, Office of the Chief Economist Latin American and the Caribbean, 1997.
- FOUCHER, M. *Fronts et Frontières*. Paris: Fayard, 1991
- FRANCO, S. Violencia y salud en Colombia. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 2(3):170-180, 1997.
- FRANCO, S. *El Quinto: no matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia*. Bogotá: Iepri, Universidad Nacional, Tercer Mundo Editores, 1999.
- FRANCO, S. Momento y contexto de la violencia en Colombia. *Revista Cubana de Salud Pública*, 29:1, 2003.
- FUNDACIÓN MEXICANA PARA LA SALUD. CENTRO DE ECONOMÍA Y SALUD. *Análisis de la Magnitud y Costos de la Violencia en la Ciudad de México*. Washington, D.C.: BID, 1998.
- GAVIRIA, A & PAGÉS, C. Patterns of crime victimization in Latin America. Citado en: IPES. *Desarrollo Más Allá de la Economía: informe del progreso económico y Social en América Latina*. New York: BID, 2000.
- GAVIRIA, A. & STEIN, E. *Urban Concentration in Latin America and the World*. Washington D.C.: BID, 1999. Citado en: IPES. *Desarrollo Más Allá de la Economía: informe del progreso económico y Social en América Latina*. New York: BID, 2000.
- GUERRERO, R. La violencia desde la perspectiva de la salud pública. In: BRICEÑO LEÓN, R.; MINAYO, M. C. & COIMBRA, C. (Coords.) *Salud y Equidad: una mirada desde las ciencias sociales*. Rio de Janeiro: Editora Fiocruz, 2000.
- HIJAR-MEDINA, M.; LÓPEZ-LÓPEZ, M. V. & BLANCO, M. J. *La Violencia y sus Repercusiones en la Salud: reflexiones teóricas y magnitud del problema en México*. *Salud Pública de México*, 39(6), 1997.
- IÑIGUEZ, L. R. Desigualdades espaciales del bienestar y la salud en América Latina: problemas éticos y metodológicos. In: BRICEÑO LEÓN, R.; MINAYO, M. C. & COIMBRA, C. (Coords.) *Salud y Equidad: una mirada desde las ciencias sociales*. Rio de Janeiro: Editora Fiocruz, 2000.

- KAWACHI, I. & KENNEDY, B. The relationship of income inequality to mortality: does the choice of indicator matter? *Social Science & Medicine*, 45(7):1.121-1.127, 1997.
- KAWACHI, I.; KENNEDY, B. B. & WILKINSON, R. G. Crime: social disorganization and relative deprivation. *Social Science & Medicine*, 48:719-731, 1999.
- KENNEDY, B. P. et al. Social capital, income inequality, and firearm violent crime. *Social Science & Medicine*, 47(1):7-17, 1998.
- LACOSTE, Y. Différents niveaux d'analyse géopolitique: du planétaire au local et du local au planétaire. Latin American Regional Conference. Rio de Janeiro: UGI, II:241-244, 1982.
- LIMA, M. L. Violência e morte: diferenciais da mortalidade por causas externas no espaço urbano de Recife. *Cadernos de Saúde Pública*, 14(4): 829-840, 1998.
- LONDOÑO, J. L. Violencia, psychis y capital social. Conferencia Anual del Banco Mundial para el Desarrollo en América Latina y el Caribe, II. Bogotá, Colombia. 1996. Citado en: FRANCO, S. D. Violencia y salud en Colombia. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 1(2):26, 1997.
- LYNCH, J. W. et al. Income inequality and mortality in metropolitan areas of the United States. *American Journal of Public Health*, 88(7):1.074-1.080, 1998.
- MACHADO, L. O. Limites e fronteiras: da alta diplomacia aos circuitos de ilegalidade. *Território*, ano V(8):31-46, 2000.
- MELLO-JORGE, M. H.; GAWRYSZEWSKI, V. P. & LATORRE, M. D. Análise dos dados de mortalidade. *Revista de Saúde Pública*, 31(supl.4): 5-25, 1998.
- MINAYO, M. C. S. *Interdisciplinaridades na Compreensão da Violência e Saúde*. Rio de Janeiro: Claves, Ensp, 1989. (Mimeo.)
- MINAYO, M. C. S. A violência social sob a perspectiva da saúde pública. *Cadernos de Saúde Pública (O Impacto da Violência Social sobre a Saúde)*, 10(supl.1):7-18, 1994a.
- MINAYO, M. C. S. Inequality, violence and ecology in Brazil. *Cadernos de Saúde Pública*, 10 (2):241-250, 1994b.
- MINAYO, M. C. S. É possível prevenir a violência? Reflexões a partir do campo da saúde pública. *Ciência e Saúde Coletiva*, 4(1):7-23, 1999.
- MINAYO, M. C. S. Temos um tipo de violência que não é só brasileiro. *Revista da Saúde*, ano III(3), dez. 2002.
- MINISTERIO DE SANIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL. ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD. *Situación de Salud en Venezuela: indicadores básicos*, 1999.
- NUÑEZ, N. *Violencia en Colombia: mortalidad por homicidios a finales del siglo XX*, 2002. Tesis de Doctorado, La Habana: Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humanos, Universidad de la Habana, Cuba.
- OFICINA DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA. ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD. *Situación de Salud en el Perú: indicadores básicos*, 1998.
- OPS. *Las Condiciones de Salud en las Américas*. Washington, D.C.: OPS, 1994.
- OPS. *Indicadores Básicos*. Washington, D.C: HDP/HDA, 1997.
- OPS. *Indicadores Básicos*. Washington, D.C: HDP/HDA/98. 01, 1998.
- PELLEGRINI, F. La violencia y la salud pública, *Revista Panamericana de Salud Pública*, 5(4/5):219-221, 1999.
- RIPSA. *Indicadores y Datos Básicos para a Saúde, Brasil*, 2001.
- RUBIO, M. *Crimen e Impunidade: precisiones sobre la violencia*. Bogotá: CM Editores, 1999. Citado en: BUVINIC, M. & MORRISON, A. *Notas Técnicas: prevención de la violencia*. Washington, D.C.: BID, 1999.
- SANTOS, M. *A Natureza do Espaço*. São Paulo: Hucitec, 1996.
- SANTOS, S. M. *Homicídios em Porto Alegre, 1996: análise ecológica de sua distribuição e contexto socioespacial*, 1999. Dissertação de Mestrado, Rio de Janeiro: Epidemiologia, Escola Nacional de Saúde Pública, Fundação Oswaldo Cruz.

- SOUZA, E. R. Homicídios no Brasil: o grande vilão da saúde pública na década de 80. *Cadernos de Saúde Pública*, 10(supl.1):45-60, 1994.
- SOUZA, E. R. et al. *Avanços do Conhecimento sobre Causas Externas no Brasil e no mundo: enfoque quanti e qualitativo*. In: MINAYO, M. C. et al. (Org.) *Violência sob o Olhar da Saúde: a infrapolítica da contemporaneidade brasileira*. Rio de Janeiro: Editora Fiocruz, 2003.
- SZWARCWALD, S. L. & CASTILLO, E. A. Mortalidade por armas de fogo no estado do Rio de Janeiro, Brasil: uma análise espacial. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 4(3):161-170, 1998.
- SZWARCWALD C. L. et al. Income inequality and homicide rates in Rio de Janeiro, Brazil. *American Journal Public Health*, 89(6):845-50, 1999.
- SUGIMOTO, L. Geógrafo mapeia territórios da violência. *Jornal da Unicamp*, Campinas, 12 a 18 de maio 2003. Sala de Imprensa.
http://www.unicamp.br/unicamp/unicamp_hoje/jun/maio2003/ju212jpg3a.html
- WILLIAMS, K. R. & FLEWELLIG, R. L. The social production of criminal homicide: a comparative study of disaggregated rates in american cities. *American Sociological Review*, 53:421-431, 1998.
- YUNES, J. Mortalidad por causas violentas en la región de las Américas. *Boletín Oficina Sanitaria Panamericana*, 114(4):302-16, 1993.
- YUNES, J. & ZUBAREW, T. Mortalidad por causas violentas en adolescentes y jóvenes. Un desafío para la región de las Américas. *Revista Brasileira de Epidemiologia*, 2:102-171, 1999.
- ZALUAR, A.; NORONHA, J. & ALBUQUERQUE, C. Violência: pobreza ou fraqueza institucional? *Cadernos de Saúde Pública*, 10(supl.1):213-217, 1994.